

RECUERDO DE AURELIO MENÉNDEZ

CÁNDIDO PAZ-ARES RODRÍGUEZ*

I.

«¡No más maestros!» («*Plus de Maîtres!*») fue una de las consignas que florecieron en la Sorbona en mayo de 1968, hace ahora 50 años. Seguro que en algún momento coqueteé con ella, formaba parte de la ilusión emancipadora de una época. Pero hoy, tras haber pasado más de media vida junto a Aurelio Menéndez, tendría que impugnarla. Es cierto que ha habido maestros –y aun los habrá– que han maltratado o destruido a sus discípulos, quebrantando su espíritu, consumiendo sus esperanzas o aprovechándose de su dependencia, vulnerabilidad e individualidad. Mi experiencia con Aurelio Menéndez, y creo que la del resto de sus discípulos, está sin embargo muy lejos de ese estereotipo que ha servido para demonizar la propia categoría del magisterio. Nuestra experiencia compartida responde a un patrón muy distinto, al que Steiner pudo llamar «arquetipo del intercambio», basado en la confianza, la tolerancia y el afecto. Su rasgo definitorio es la osmosis: el discípulo aprende del maestro pero con la sensación gratificante de que el maestro también aprende del discípulo justo en el momento de recibir la enseñanza. El producto de esa singular interacción o diálogo es la amistad en el sentido más elevado de la palabra¹. La amistad que me ha brindado Aurelio Menéndez y que he sentido y vivido a lo largo de muchos años es lo que, a fin de cuentas, me ha apartado definitivamente de aquel espíritu sesentaochista. Permitidme por ello que trace el retrato del maestro desde la perspectiva del discípulo obligado o agradecido. No serán más que unas pinceladas. Las primeras buscan poner un poco de paisaje en la stampa recordando lo que ha significado Aurelio Menéndez en el ámbito de nuestra disciplina, el derecho mercantil, y algo más allá de ella. Las restantes se vuelcan sobre la fisonomía interior del personaje, sobre algunas cualidades y calidades de la persona.

* Catedrático de Derecho mercantil de la Universidad Autónoma de Madrid.

¹ En su hermoso ensayo *Lecciones de los maestros* (trad. esp., Siruela, Madrid 2016) George Steiner desarrolla esta idea con la debida complejidad.

II.

La diferencia entre el derecho mercantil de hoy y el derecho mercantil de hace cincuenta o incluso cien años tiene unos pocos nombres propios, y entre ellos despunta con perfil propio el de Aurelio Menéndez, cuya vida entera, examinada retrospectivamente, parece haber estado consagrada a la obra de renovar esta vieja disciplina, en todos sus dominios (primero fue el derecho marítimo, después vino el terrestre, provincia por provincia) y en todos los campos de batalla. La lucha de Aurelio Menéndez por el derecho mercantil e incluso por el derecho a secas se ha desarrollado efectivamente en todos frentes. Mencionaré solamente los más significativos, comenzando por el científico, en el que nos ha dejado una de las obras más sugerentes en el panorama de la ciencia jurídica española de su tiempo y, a decir verdad, también una de las más paradójicas. Digo esto porque, teniendo la vocación confesada de insertarse en el saber establecido –en el paradigma de lo que él ha denominado «la moderna escuela española del derecho mercantil»–, llevaba metida en sus entrañas la semilla de la superación. En su obra están trazados o, cuando menos, apuntados algunos de los caminos que habrían de conducir y están conduciendo ya al derecho mercantil del siglo XXI. La clave de su impulso anticipador y transformador radica en la proverbial tolerancia o apertura metódica, en la amplitud de miras y en la riqueza de cultura argumentativa de que hace gala en sus investigaciones. Justamente por este motivo su obra se ha hecho acreedora del más alto galardón a que puede aspirar un hombre de ciencia en el mundo de habla española, el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.

Pero Aurelio Menéndez no fue sólo un hombre de ciencia. Fue también un hombre de acción, y así lo prueba su amplia labor emprendedora y reformadora. Como emprendedor –aunque esta vez quizá sería más exacta la palabra fundador–, debo destacar ante todo su decisiva contribución a la puesta en pie y desarrollo de esta Facultad de Derecho de la UAM y, casi coetáneamente, de la firma de abogados *Uría Menéndez*, dos instituciones fundamentales para entender el proceso de modernización del estudio del derecho y de la práctica de la abogacía en nuestro país.

En esta faceta tampoco puedo olvidar su contribución a la «reforma política» en los primeros y más convulsos tiempos de la transición, en la que fue mucho más que un Ministro de Educación. Fue un protagonista indudable de aquella gesta histórica como miembro del reducido núcleo que diseñó e impulsó el conjunto de decretos-ley a través de los cuales se produjo el desmantelamiento del antiguo régimen. Interpelado en tono áspero por un viejo dirigente franquista sobre si estaban pensando bien lo que estaban haciendo, nuestro hombre, consciente del curso irremediabilmente veloz que había tomado la historia, tuvo muy clara la respuesta, a la que no faltó una pizca de sorna: «Mire Ud., la verdad es que no tenemos tiempo para pensar». Era la hora de actuar.

Abandonó pronto la política y regresó a su mundo profesional, no para ensimismarse, sino para proseguir desde él la obra renovadora, que siempre sintió como una obligación interior, como una misión de servicio. La más formidable reforma de la legislación mercan-

til llevada a cabo desde la promulgación del Código de Comercio no habría sido posible, en efecto, sin la perseverancia e inteligencia de quien ha estado al frente de la Sección de Derecho Mercantil de la Comisión General de Codificación hasta bien entrado el presente siglo. Con razón ha podido decirse que Aurelio Menéndez ha sido «el motor de la renovación legislativa» del derecho mercantil en el siglo XX.

III.

Nada de lo que ha hecho Aurelio Menéndez en cualquiera de esos frentes es comparable, sin embargo, a lo que ha hecho posible hacer enseñando a otros y cumpliendo con la que ha sido su vocación más genuina o sustancial: «Mientras me quede algún aliento seguiré añorando, seguiré soñando con el magisterio, la captación para una tarea singularmente noble como es la tarea universitaria, porque sé que es fácil superarme y superándome hacer fácil aquello que no he sido capaz de hacer». De las muchas páginas que ha dedicado al tema, elijo estas palabras porque resumen con especial fuerza la moralidad y la felicidad —el *ethos* y el *pathos*— del magisterio de Aurelio Menéndez.

Me refiero a la moralidad de la propia superación, y al imperativo que impone de trabajar con la esperanza de que otros lleguen más allá que nosotros y de resistir la tentación de moldear o reproducir siempre al acecho del maestro (¡recordad el mito de Pigmalión!). Nos ha mostrado así que no hay oficio más privilegiado que enseñar: despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros, inducir en otros el amor de lo que nosotros amamos, hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos. Esta triple aventura, que no se parece a ninguna otra, fue la aventura de Aurelio Menéndez.

De ello puedo dar fe en primera persona. A pesar de no sentir especial simpatía por el análisis económico del derecho y otras aficiones intelectuales que desarrollé tempranamente, no me faltó nunca su aliento. Jamás dejó de animarme a la exploración ni de apoyarme en un contexto académico —me refiero al de los mercantilistas en la época de mi formación— no siempre caracterizado por la apertura de miras. En este instante recuerdo, parece como si lo estuviera viendo, la disimulada satisfacción con que siguió en el seminario que él dirigía en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia el desarrollo de mi replica a la acerba crítica formulada por un conocido y respetado colega a ciertas tesis metódicas que yo había defendido (la posibilidad y oportunidad de apelar a la economía política para construir una jurisprudencia racional), sobre todo en el momento en que le reproché o afeé el tono eclesiástico de su diatriba, en la que me sentí tratado como oveja descarriada. «Muy bien, muy bien», me dijo sigilosamente al disolverse la reunión, con tono cómplice y efecto reconfortante. La actitud de Aurelio Menéndez en este aspecto, dirigida a fomentar la individualidad de sus discípulos, a ayudar a que salga fuera lo mejor de cada uno de nosotros, ha sido siempre ejemplar. El progreso, pensaba con razón, se detiene cuando las escuelas se convierten en iglesias.

La moralidad, pero también he de aludir a la felicidad. No hay duda de que la Universidad ha sido el refugio más profundo, más seguro, más dulce que ha encontrado Aurelio Menéndez para abrigarse de los rigores y de los azares de la vida. El mismo lo confesaba hace no mucho reconociendo que en ella «están buena parte de las horas más felices que he vivido». Nada de esto pasaba desapercibido. Cuando se le veía en el aula o en el seminario o cuando se le adivinaba en la penumbra del estudio, frente al papel en blanco, escribiendo poco importa si era sobre el ánimo de lucro en la sociedad anónima, sobre la importancia de las escuelas para el progreso científico o sobre la enigmática relación que media entre lo justo y lo jurídico (por citar algunos de los temas de sus últimas publicaciones), uno le veía gozando, y ese es el goce que transmitía a quien le escuchaba o a quien le leía: el goce de una inteligencia aguda y poderosa (es sorprendente cómo su mirada penetraba la superficie de las normas para alcanzar la médula decisiva del derecho); el goce de la claridad (es también asombrosa la transparencia, la cristalinidad, la linealidad de sus argumentos); el goce de la tolerancia (tan prodigiosamente encarnada en la suavidad de su estilo: «tal vez», «parece»...). Sus discípulos, esa larga nómina de catedráticos y profesores diseminados por las Universidades españolas, lo sabemos bien. E igualmente lo supieron bien sus alumnos –en Santiago de Compostela, en Salamanca, en Oviedo y en esta Universidad Autónoma–, para quienes una lección de Aurelio Menéndez fue siempre una lección sobre la lección.

¡Lástima que no todos la hayamos asimilado bien cuando nos enseñó a enseñar! Permitidme que evoque ahora, con nostalgia y gratitud, otro episodio de mi relación con el maestro. Recién doctorado, dentro del curso de Derecho Mercantil II que él impartía aquel año, me encomendó la explicación del programa derecho cambiario, y no precisamente para liberarse de una carga. Su carga consistió en asistir puntualmente a cada una de mis clases durante aquel trimestre, después de las cuales tomábamos un café en la vieja cafetería de Martín. El primer día, consciente del ímprobo esfuerzo que había hecho para preparar la lección inaugural, no quiso decepcionarme. Valoró el trabajo, me felicitó («Me impresiona lo que sabe Ud.», algo así de exagerado debió decirme para darme ánimos), pero no dejó de observar al final, elegantemente, que debía contenerme: «Tiene Ud. que contarles menos cosas y más sencillas». Al día siguiente me contuve, pero no suficientemente. «Debe Ud. centrarse en lo esencial, y sólo es esencial lo que los alumnos pueden comprender. Lo demás de poco vale». Y así, día a día, durante los dos o tres meses que duró aquel curso inolvidable de derecho cambiario, siguió insistiendo en la necesidad de enseñar más con menos. Ya lo dije: no sé si la aprendí debidamente, me temo que no, pero para mí fue una gran lección.

Por ello y por muchas cosas más tengo que decir que la alegría que he experimentado cuando he aprendido del maestro y cuando le he comprendido no logra en modo alguno aliviar la pena de su muerte. Más bien me hace enfurecer por el desperdicio que supone. Ya no habrá tiempo para otra lección.

IV.

Voy terminando. En más de una ocasión Aurelio Menéndez se ha lamentado de la dispersión que ha introducido en su vida la necesidad de atender a tantos y tan diversos quehaceres, dejando así que asomara al exterior eso que Raymond Aron llamaba la nostalgia del hombre de ciencia. Los demás vemos sin embargo una continuidad maravillosa, casi milagrosa, entre la ciencia del derecho, la enseñanza del derecho, la política del derecho y la práctica del derecho tal y como han sido vividas por Aurelio Menéndez, y pensamos que si fue un Maestro (con mayúsculas) del Derecho (también con mayúsculas) es porque en esa milagrosa amalgama ha sabido forjar y transmitirnos a todos un ideal de jurista, digno de ser admirado y emulado. No se trata de un simple ideal intelectual; es también un ideal moral –un ideal de vida en el derecho– y hasta un ideal de carácter, que nuestro hombre ha moldeado conteniendo y templando dos fuerzas de signo inverso: la nostalgia del hombre de ciencia y la impaciencia del hombre de acción. El resultado de esa combinación fue un talento especial para idear estrategias de renovación capaces de incrementar gradualmente la tolerancia del medio –sea político, institucional, doctrinal o profesional– para el cambio a que permanentemente aboca la lucha por el derecho y la lucha por la justicia. Las materias primas con que se fabrica dicho talento, sin duda el más valioso del jurista, las tenía sobradas Aurelio Menéndez. Me refiero al buen juicio (esa especial disposición para la deliberación, para medir, ponderar y sopesar); a la sabiduría práctica (la habilidad para vivir y trabajar en la permanente tensión que surge entre los ideales y las tenaces exigencias de la realidad); a la imaginación moral (la facilidad para descubrir compromisos entre la ética de los principios y la ética de la responsabilidad); a la capacidad para simpatizar con un amplio espectro de puntos de vista conflictivos; también a la tolerancia (ahora ya no como actitud del conocimiento o como cualidad del estilo, sino como talante de vida) y, en definitiva, a esa suprema virtud que llamamos prudencia. Estas son las virtudes por excelencia del jurista, las virtudes sobre las que descansa la excelencia del maestro.

V.

Y ahora sí termino con dos versos fúnebres en los que resuena la voz de Cicerón: «Este es nuestro maestro famoso, silencioso y muerto, / al que llevamos sobre nuestros hombros», aunque también podría decir «sobre cuyos hombros reposamos o nos encaramamos nosotros»².

² Se trata de los primeros versos del poema de Robert Browning «A Grammarian's Funeral», citados y encuadrados en la tradición clásica grecorromana por Steiner en su libro antes referido (*ibid*, pp. 73 y 172).